

¿POR FIN, EL SIGLO DE LA GENTE?

“Aun espero tu voz”
Pedro Salinas

En 1942, el ministro de educación inglés R. Buttler piensa, cuando las bombas se abaten sobre Londres, que sólo la educación podrá en lo sucesivo evitar la barbarie, las prácticas más abominables de exterminio que la guerra conlleva. Será necesario “construir en la mente de los hombres los baluartes de la paz”. Terminada la guerra, en 1945, nace en Londres, con esta misión, la Organización de las Naciones Unidas para la educación, la ciencia y la cultura, UNESCO. Paz basada en los “principios democráticos de dignidad, igualdad y respeto mutuo”. Paz basada “en la amplia difusión de la cultura y la educación de la humanidad para la justicia, la libertad... y en la solidaridad intelectual y moral”. Paz basada en la “libre circulación de las ideas por la palabra y por la imagen”.

Unos meses antes, en San Francisco, se aprobaba la Carta de las Naciones Unidas, impulsada personalmente por el Presidente Franklin Delano Roosevelt, cuyo preámbulo empieza así: “Nosotros, los pueblos, hemos decidido evitar a las generaciones venideras el horror de la guerra”... . Quiero destacar la lucidez –ahora, con tantas cosas trastocadas, con horizontes tan sombríos; ahora, sin brújula y caminos- de quienes, los ojos todavía enrojecidos por cuanto acababan de ver y de vivir, escriben “Nosotros, los pueblos...”, porque era claro que no podía tratarse de unos cuantos Estados sino de todos los pueblos. “¿Quién, sino todos...?”, reza el verso del genial Miquel Martí y Pol. Todos podemos “evitar” el horror de la guerra. No se trata de “mantener la paz” después del conflicto sino de prevenir la guerra, construyendo cada uno, con su comportamiento cotidiano, la paz: paz en sí mismo, en la familia, en el pueblo, en el país... en la tierra. Paz preventiva!. Seguridad de la paz y no paz de la seguridad, paz de la imposición, del predominio, de la fuerza.

¿Y en quién se piensa al redactar la Carta?. En quienes deberán ser protagonistas permanentes de todas las reflexiones y decisiones: en los jóvenes, en los que llegan a un paso de nosotros, en el futuro. El futuro, que debe y puede ser distinto. El futuro intacto, único legado valioso a nuestros descendientes. El futuro, única responsabilidad, único compromiso. El

pasado ya pasó. Puede inspirar muchos pasos hacia delante, pero ya no puede escribirse. Ya está escrito. Pero el futuro, sí, porque pertenece “a las generaciones venideras”...

El día 10 de diciembre de 1948, en el acontecimiento seguramente más relevante del siglo XX, la Asamblea General de las Naciones Unidas adopta la Declaración Universal de los Derechos Humanos. “Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad. Todos están dotados de razón y se relacionan fraternalmente”, reza su artículo 1º. Ya dispone el mundo de una Organización de Naciones Unidas y de los valores que deben orientarlas. Uno de los más importantes es compartir mejor, fomentando el desarrollo a escala mundial.

Luego, poco a poco... la guerra fría, los préstamos en lugar de las ayudas, la explotación de los recursos naturales en lugar de la cooperación... llegando a la década de los 80, en que tiene lugar lo que, en mi opinión, constituye una abdicación de las responsabilidades políticas: en lugar de las ideologías e ideales será el mercado el que a partir de ahora gobernará el mundo. “Nosotros, los pueblos...” se sustituye por “Nosotros, los poderosos”... y, más recientemente, por “Yo, el más poderoso”...

El inmenso poder mediático se une a colosales consorcios privados que ocupan el espacio supranacional, con unas Naciones Unidas a las que se margina y a las que se encomiendan funciones de asistencia humanitaria.

Ha llegado, pues, el momento de los pueblos, de las organizaciones no gubernamentales, de la sociedad civil, del clamor general, pacífico pero firme. Ha llegado el momento de restablecer los principios universales, de dar a la palabra, a los parlamentos, el poder que les corresponde como depositarios de la voz de los ciudadanos. El siglo XXI puede devenir así, por fin, el siglo de la gente, de la democracia genuina.

Que dentro de muy poco haya sido atendido el verso de Pedro Salinas y que la voz que esperamos haya, por fin, llegado.

Federico Mayor Zaragoza
Enero 2005